



El barco faro

y otros relatos



Siegfried Lenz

Traducción del alemán a cargo de
Belén Santana



IMPEDIMENTA



Título original: *Das Feuerschiff*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2014

Copyright © 1960 by Hoffmann und Campe Verlag, Hamburg
www.hoca.de

Copyright de la traducción © Belén Santana, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel



Este libro ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

ISBN: 978-84-15979-09-8

Depósito Legal: M-6654-2014

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EL BARCO FARO

Estaban quietos, quietos y fondeados junto a los bancos de arena errantes. Desde hacía nueve años, desde la guerra, su barco estaba amarrado a la larga cadena del ancla, una colina rojo ardiente sobre la planicie apizarrada del mar, cubierta de conchas, poblada de algas; excepto los breves periodos que pasaba en el astillero permanecía allí, durante los veranos calurosos, cuando el Báltico estaba raso y deslumbrante y retenido, y todos los inviernos, cuando las olas impetuosas pasaban bajo el barco y los témpanos de hielo, al astillarse, arañaban todo el costado. Era un viejo barco faro en la reserva que habían vuelto a aparejar y botado después de la guerra, para advertir a los demás barcos de los bancos errantes y servir de orientación para sortear las minas.

Durante nueve años había colgado del mástil la bola negra que señalizaba la posición correcta, el haz intermitente de su luz giraba sobre la bahía alargada y la mar nocturna hasta alcanzar las islas, que se elevaban grises

y planas sobre el horizonte, como la pala de un remo. Ahora los campos de minas se habían dragado, las aguas navegables se consideraban seguras, y dentro de quince días retirarían el viejo barco faro: era su última guardia.

La última guardia debía finalizar antes aún de las tormentas de invierno, que golpean el interior de la bahía con olas breves, impetuosas, socavan el acantilado limoso y dejan sobre la playa rasa una marca encostrada de algas, agujas de hielo y hierbas marinas aflechadas. Antes de que comiencen las tormentas, aquí, ante la bahía alargada, el Báltico está en calma; el oleaje es suave y cadencioso, el color del agua se vuelve endrino. Es buena época para la pesca: las espaldas atigradas de los bancos de caballas avanzan veloces a ras de superficie, el salmón enfila hacia la cucharilla y los bacalao quedan atrapados en las mallas del arte de fondo, como si una escopeta los hubiese disparado. También entonces es el momento del cabotaje, de los motoveleros achatados, los majestuosos *windjammer* y las goletas de madera que, con la cubierta cargada de entibos o tablones cortados por última vez, bajan desde Finlandia y continúan hasta sus refugios de invierno. Antes de las tormentas, las aguas navegables que hay frente a la bahía alargada y entre las islas están repletas de ellos, y desde el barco faro ven pasar esa procesión pistoneante, oscilante, afanosa, hacia la seguridad oculta tras el horizonte; una vez desaparecida, llegan las gaviotas canas y los gaviones pesados, primero solos, luego en bandadas chillonas para revolear el barco faro, descansar sobre sus mástiles o bajar al agua, donde yace el reflejo rojizo del buque.

Cuando comenzó su última guardia, la mar estaba casi vacía de barcazas de madera oscilantes; solo alguna rezagada pasaba todavía a su lado, se quedaba enganchada en el horizonte, y desde el barco faro ya no veían más que los transbordadores blancos de trenes que, por las mañanas y por las tardes, desaparecían espumeantes tras las islas; los cargueros pesados y los pesqueros de borda ancha que pasaban junto a ellos, indiferentes.

Aquella mañana brumosa no se avistaba nada. El barco faro cabeceaba indolente, amarrado a la larga cadena del ancla; la corriente se acumulaba premiosa junto al casco y la mar mostraba un ligero resplandor verde, azufrado. Bajo el silbido vibrante de sus alas, una bandada de patos grises pasó junto al barco rasando el agua, en dirección a las islas. La cadena del ancla rozó el casco, crujió en los escobenes cuando el suave oleaje elevó el barco y se produjo un ruido, como si un escoplo sacara los clavos oxidados de una caja. El continuo oleaje golpeaba la popa. Un ancho rastro de espuma se extendía desde la bahía hacia el mar abierto, como una arteria blanquecina en la que flotaban encinas de mar, trozos de madera cubiertos de algas, hierbas, pedazos de corcho y una botella que danzaba arriba y abajo. Era la segunda mañana de su última guardia.

Cuando Freytag abrió la puerta del camarote, alzó la vista hacia la cofa del vigía. El hombre que la ocupaba no bajó los prismáticos; rotando lentamente, como si le hubiesen remachado los pies a cubierta, su tronco se giraba: solo giraba las caderas, sin mover los pies; Freytag supo que no pasaba nada y se adentró en la mañana brumo-

sa. Era un hombre mayor, de cuello enjuto y rostro de piel tirante; sus ojos acuosos lagrimeaban sin cesar, como recordando un esfuerzo desesperado; aunque su cuerpo achaparrado estaba torcido, todavía delataba algo de la fuerza que un día albergó o aún albergaba. Sus dedos eran nudosos; su andar, estevado, como si de joven le hubiesen permitido cabalgar un tonel. Antes de convertirse en el capitán del barco faro, había mandado durante dieciséis años su propia nave en la línea irregular, bajando hacia el Levante; por entonces se acostumbró a andar con un cigarrillo en la boca, frío y a medio fumar, que dejaba junto al plato durante las comidas.

Apoyó la espalda contra la puerta del camarote; el cigarrillo se paseaba balanceándose entre las comisuras de los labios y él miró hacia las islas de enfrente, más allá del rastro de espuma que se extendía hacia el mar abierto, y luego hacia la boya de naufragio, junto a la que asomaban las perchas de un barco hundido en la guerra; y estando así, notó cómo se abría la puerta que tenía detrás; sin darse la vuelta se hizo a un lado, pues sabía que era el chico al que estaba esperando.

Freytag no había preguntado a nadie, no había solicitado ningún permiso; como capitán simplemente se había llevado al chico para que lo acompañara en la última guardia, fuera del hospital, donde Fred estaba ingresado por una intoxicación de mercurio. Freytag había visto a aquel muchacho pálido y espigado tendido en la cama, con mirada angustiada y, tras hablar con el médico en el pasillo, había vuelto para decir a Fred:

—Mañana te vienes de guardia.

Y aunque el chico no quería regresar al barracón donde trabajaba soplando termómetros de vidrio, ni tampoco al barco de Freytag, ahora estaba a bordo y de guardia.

Fred dejó caer la puerta del camarote, que se cerró con un silbido, haciendo ventosa, y, de reojo, examinó al viejo con una mirada apremiante, hostil: jamás desde que tenía memoria había estado de manera distinta así de pie, junto a su padre; no lo hizo entonces, cuando le llegaba por el hombro, ni tampoco ahora que, desde arriba, veía el interior de su cuello suelto, donde nacía una franja de piel lisa, quemada, que se extendía por toda la espalda hasta la cintura.

Desde que supo lo ocurrido allá abajo, en el Levante —en la época en la que el viejo cubría la línea irregular y él todavía iba al colegio—, había terminado con él, sin que jamás hubiesen hablado de ello ni él hubiera tenido necesidad de hacerlo.

Estaban de pie, uno junto a otro, en silencio; se conocían demasiado bien como para que uno esperase algo del otro y, sin palabras, asintiendo parcamente con la cabeza, Freytag ordenó al chico que lo siguiera.

Uno tras otro escalaron la torre amarilla de la linterna y observaron el reflejo distorsionado de sus rostros sobre el vidrio duro, redondeado; miraron más allá del mar y bajaron la vista hacia la cubierta del barco, cuyos balances les parecieron más intensos allí arriba que abajo, y Fred observó cómo la pesada cadena colgante se sumergía en el agua, salpicando cada vez que el oleaje crecía. También vio al hombre que estaba de pie, en proa, junto a una graja de brillo negro, y oyó al viejo decir:

—Ese es Gombert. Todavía no se ha rendido: para Navidad quiere haber enseñado a hablar a la graja, y para Pascua se supone que recitará un salmo.

Fred no respondió; observó con indiferencia al hombre de proa, que hablaba entusiasmado al ave mientras esta permanecía encogida en cubierta con las alas recordadas, que colgaban inertes.

—Se llama Edith —dijo Freytag—. Edith von Laboe.

Después bajó, Fred tras él, y en silencio se dirigieron hacia el cuarto de la radio, donde encontraron ante el aparato a Philippi, un hombre pequeño y esmirriado que llevaba un jersey descolorido y los auriculares puestos; con una mano sujetaba un lápiz y con la otra se liaba un cigarrillo sobre la mesa.

—Está retransmitiendo la intensidad de la corriente —dijo Freytag—, la altura de la ola y los datos meteorológicos.

Philippi no se volvió, aunque vio sus sombras proyectadas en la pared y sobre la mesa, cubierta de hebras de tabaco; no se inquietó por el altavoz, del que salió un chasquido, un crujido seco, como de langostas que recorren un tejado de chapa; siguió tranquilamente sentado en aquel cuartucho suyo sin ventanas y, al cabo de un rato, dijo:

—Esto ya está ventilado.

Volvió a colocarse los auriculares.

—Este es el cuarto de la radio —dijo Freytag—, así que ya lo has visto también.

Apartó al chico de la entrada empujándolo con el hombro, cerró la puerta corredera, miró a su alrededor y pen-

só qué le faltaba por ver a Fred desde que estaba a bordo. Miró su barco y, por primera vez, le pareció viejo y mal-dito: un barco que no era libre y no viajaba a otras costas, sino que estaba preso, atado a una cadena, sujeto por la enorme ancla, profundamente clavada en el fondo arenoso, y Freytag no dio con nada que poder mostrar al muchacho. Indeciso, se encogió de hombros. Miró su barco como un hombre mira el campo raso. Sacó un pañuelo, se lo enrolló alrededor de una mano y volvió a meterse la mano enrollada en el bolsillo; por un instante aguzó el oído hacia el chico, que se había quedado quieto tras él, a un lado; no oyó nada, cerró la mano enrollada formando un puño y notó cómo la tela se tensaba sobre las falanges nudosas. Su mirada fue a parar al vigía, que había bajado los prismáticos y estaba apoyado contra la pizarra, en la que esa mañana aún no había nada escrito, e hizo una señal a Fred para que lo siguiera. Sus pasos tintinearón sobre los peldaños de hierro, que estaban oxidados, abollados y deteriorados; el relieve que debía ofrecer sujeción a las suelas estaba desgastado y apenas era reconocible. Uno tras otro subieron, Freytag delante, y el vigía siguió apoyado en la pizarra, observando cómo sus cabezas aparecían por cubierta y cómo sus hombros asomaban y sus cuerpos, hasta que finalmente se apoyaron en la barandilla y aterrizaron junto a él.

Fred nunca había visto a Zumpe; solo sabía que el hombre al que encontró en la cofa del vigía viajó durante la guerra en un buque que transportaba mineral y fue torpedeado, por lo cual pasó noventa horas a la deriva en un bote salvavidas destrozado y todos lo dieron por

muerto; Freytag se lo había contado, y también le había dicho que, por aquel entonces, la mujer de Zumpe encargó una esquela que al propio Zumpe, cuando hubo regresado y la leyó, le pareció tan indecente que abandonó a su esposa. Ahora siempre llevaba consigo su propia esquela, guardada en una cartera arrugada, y la iba enseñando con una sonrisa irónica: un trozo de papel amarillento, reblandecido y sucio de tantos pulgares e índices.

Durante el trayecto, cuando el viejo le había hablado de los hombres que conocería en el barco, Fred había oído el nombre de Zumpe por primera vez; ahora estaban frente a frente: se dieron la mano y Fred notó los dedos de aquel hombre entre los suyos, pétreos, como en garra. Las extremidades demasiado cortas, el cuello demasiado corto y la cabeza pesada daban a Zumpe un aire de enano; tenía profundas arrugas en la nuca; el rostro, protuberante.

—Dale los prismáticos —dijo Freytag.

Zumpe se sacó la fina correa de cuero por la cabeza y entregó los prismáticos a Fred, que los cogió sin prisa, dándoles la vuelta.

—Mira —dijo Freytag—, allí están las islas.

Los hombres intercambiaron una mirada, el chico se llevó los pesados prismáticos a los ojos y, dentro de dos círculos nítidos, recortados, vio la costa de las islas y el dique color arena que había entre ellas y, tras él, de un blanco salino, deslizándose tranquilamente, reconoció una vela que parecía moverse por encima del dique, sin pertenecer a ningún barco. Fred acercó los dos tubos unidos por la bisagra de acero de forma que las lentes, redondas cual monedas, fueron encajando hasta

solaparse por completo; entonces miró más allá de las islas, giró las caderas, vio cómo la boya de naufragio y las perchas del barco hundido cruzaban el círculo nítido y lo abandonaban mientras él seguía girando con los prismáticos, frente al mar abierto. El rastro de espuma se extendía atravesando el círculo, una gaviota en descenso golpeó el agua con las alas encogidas, y ante el horizonte brumoso distinguió las crestas destellantes de las olas. Entonces se detuvo, interrumpiendo de pronto el movimiento circular, como si hubiese encontrado alguna resistencia, y los hombres vieron cómo bajaba los prismáticos, volvía a subirlos enseguida y empezaba a girar rápidamente la rueda dentada; se acercaron a él y miraron en la dirección que Fred buscaba. No vieron nada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Freytag.

—Yo no he visto nada —dijo Zumpe.

—Una lancha —dijo Fred—, es una motora. Creo que va a la deriva.

Distinguió claramente una motora gris que marchaba a contracorriente y al garette, elevada por el oleaje; también en el círculo nítido, recortado, pudo ver que la embarcación estaba ocupada, y a uno de los tripulantes con las piernas abiertas, subido a la cubierta de madera del motor, moviendo algo de un lado a otro.

—Sí —confirmó Fred—, es una motora a la deriva y hay hombres en ella.

Zumpe le quitó los prismáticos de las manos; el labio superior se le encogió, descubriendo unos poderosos incisivos cuando se llevó los prismáticos a los ojos, miró a través de ellos durante unos segundos y, sin mediar pa-

labra, se los pasó a Freytag; también este miró solo unos segundos, luego devolvió los prismáticos al chico y dijo:

—Hay que largar el bote.

—Está recién pintado —replicó Zumpe.

—Entonces largaremos el bote recién pintado —dijo Freytag.

—Pero la pintura aún no está del todo seca.

—Eso se lo puedes advertir —dijo Freytag—, pero lo primero es rescatarlos. Igual hasta les da lo mismo qué bote los rescate.

—¿Yo solo?

—Llévate a Gombert, él te ayudará. Por mí como si preguntas a la graja, a lo mejor Edith también quiere acompañarte.

Zumpe se dirigió a la escalera; sus movimientos denotaban cierto esfuerzo, algo esquinado y brusco; mientras bajaba, Fred observaba la motora, que navegaba a contracorriente.

—Van al garette en mitad de la corriente —dijo Freytag—, les está arrastrando con fuerza desde la bahía hacia fuera, están justo en medio.

El chico permaneció en silencio y Freytag continuó:

—A veces, en verano, cuando pasan los veleros, puedes ver la fuerza que tiene: cuando sopla algo de viento, incluso con una ligera brisa, la corriente es más fuerte aún y desvía a los barcos.

—Nos están haciendo señas —dijo Fred, sin dejar de mirar por los prismáticos.

—Los rescataremos —respondió Freytag—, no sería la primera vez.